

# Capítulo 20 - La Tierra de Caminos Rotos

Los humanos probablemente no escucharon el rasguño; o, si lo hicieron, prefirieron hacer caso omiso de él. La impresión de la pelea repentina llenó el aire de chispas emocionales. El babbu de Biandina tiró de ella para apartarla de la mancha negra que se expandía, mientras la anciana apuradamente limpiaba unas gotas salpicadas en el rostro del viejo. A excepción de eso, todos miraron con horror y disgusto al cadáver brutalmente desgarrado de su pariente corrompido.

La tierra era sucia, la sangre cubría todo su pecho, pero gracias a la Gracia, tuvo la sensatez de mantener la boca cerrada. Nunca quiso probar algo peor que el limo de los tentáculos y esto parecía oler a eso.

Se acercó a la pila de nieve inalterada, hundió la cara en ella tanto como pudo y luego giró la cabeza a la izquierda y a la derecha para intentar limpiarse. Resultó ser doloroso, ya que la nieve raspaba como arena y el frío helado tampoco era agradable. Y, además, no funcionaba muy bien.

En fin. Tomaría un trapo y lo usaría. Primero, sin embargo, sacó su daga y la limpió a fondo en la nieve mojándola, frotándola con los dedos y finalizando con la parte trasera de su pantalón, donde todavía estaban limpios. La funda, afortunadamente, permanecía intacta.

Para entonces, Socks había logrado colarse en la gran sala y metió la cabeza por la puerta del Aedes, lo más cerca que pudo sin estropear el edificio. —Manténganse quietos—, ordenó a modo de lobos, luego compartió su sentido del oído con Dirt. Los humanos miraron al lobo, intentando evaluar qué tan enojado estaba, y no parecían saber cómo interpretarlo. Se quedaron en silencio y quietos.

Con los oídos humanos de Dirt, el rasguño había sido tenue y lejano, pero ahora resonaba claramente en un espacio vacío debajo de la parte frontal de la estatua. Era un sonido metálico, diferente al raspado bajo Ocriculum. Al examinar más de cerca el suelo, vio que el lugar donde debería haber estado el altar tenía en su lugar dos medias piedras en lugar de una completa, y el altar habría escondido esa línea.

—¿Qué crees que sea eso?—preguntó Dirt.

—No es un hueso. Pero aparte de eso, no lo sé. No puedo ver debajo del suelo con vista ghost. Ojalá pudiera acercarme más—, dijo Socks—. No parece que el espacio vacío sea muy grande.

—No, justo estaba pensando eso. El sonido reverbera y casi puedo imaginar su forma. Ah, sé qué es. Es el tesoro—, dijo Dirt. Se acercó, se arrodilló y luego se inclinó con la oreja humana apoyada

directamente en la piedra. Aun así, las orejas de Socks lo oían mejor que las suyas.

—¿Qué pones en un tesoro? ¿cosas muertas?—

—No recuerdo mucho. Solo el nombre y que está escondido en el Aedes.

—¿El Aedes?—

—Así llaman a esta sala. Supongo que entraban aquí para ver al dios cuando querían. O para hacer un sacrificio.

—¿Y hay un lugar debajo llamado el tesoro? ¿Es porque hay tesoro allí?—

—Probablemente. Aunque apuesto a que ya no queda nada después de tanto tiempo. La gente ha habitado aquí todo ese tiempo. Me sorprende que la piedra que lo cubre nunca se haya roto.

—Probablemente no les gusta venir aquí por el dios.—

—Sí, pero tres mil años son mucho tiempo —dijo Dirt. Se enderezó. La piscina de sangre no parecía extenderse tanto ni caerse en la bóveda, pero eso hacía que Dirt se preguntara qué tan bien estaría sellada. Aunque si no lo estuviera, ya estaría llena de agua.

Miró a los humanos, preguntándose qué debería preguntarles y, más importante aún, cómo. La mente de Biandina mostró que podía escuchar el sonido y se preguntaba qué era, ya que no lo había notado antes. Tenía un recuerdo de haber llegado aquí muy tarde en la noche, antes de la nevada. Se acercaba en silencio, arrodillada frente a la estatua con un conejo en la mano. En ese momento, no había notado el sonido.

Su babbu pensó que quizás Dirt lo estaba haciendo, pero en su mayor parte, él estaba interesado en la daga voladora. No dejaba de pensar en cómo lograría que Dirt le permitiera examinarla.

La anciana sentía un temor que parecía estar separado del cadáver hediondo a solo unos pasos de distancia. No, le preocupaba que Dirt hubiera descubierto algo.

Dirt observaba con más atención. Ella había sido joven cuando ocurrió —era un recuerdo borroso y medio lleno de detalles imaginados. La había visto cuando la ataron, gritando todo el tiempo, suplicando clemencia. Le clavaron un cuchillo en el estómago y luego la enterraron viva justo donde estaba Dirt. La gran piedra de pavimento fue devuelta a su sitio y sus gemidos de dolor se ahogaron hasta desaparecer. Casi. Casi hasta desaparecer. Ella permaneció allí, igual que todos, hasta que quedó en silencio.

Pero él ya no estaba en silencio. Después de tanto tiempo, arañaba el interior de su tumba.

—Oye, Socks, ella—

—Lo vi. El viejo también lo está pensando —dijo Socks.

Biandina fue la primera en moverse, siendo la menos temerosa del gran cachorro. Con cuidado, se acercó a Dirt, señaló el monstruoso cadáver a pocos pasos de la tumba oculta, luego se tocó a ella misma y hizo el gesto de sacrificio una vez más. Intentaba decirle que era su culpa, pero Dirt simplemente sacudió la cabeza y se encogió de hombros. Dudaba que arruinar un sacrificio a un dios desaparecido pudiera hacer que un muerto medio vivo volviera a la vida en su ciudad, pero ¿cómo explicárselo?

Socks dijo, —Haz una luz. Quiero levantar la piedra y ver qué hay allí. Debería ser una persona muerta y debemos ocuparnos de ella.

Dirt dio unas palmadas en la espalda de Biandina con la esperanza de que fuera reconfortante, luego tomó su vara y la levantó sobre un hombro, preparado para golpear en caso necesario.

Los dos ancianos dieron un paso adelante al unísono, con los brazos extendidos para detenerlo, pero Socks los sujetó con la mente y emitió un gruñido bajo. Inmediatamente, dejaron de resistirse y él los replegó unos pasos antes de soltarlos. El babbu de Biandina sostuvo su lanza lista, aunque no estaba seguro de cuáles podrían ser las amenazas. Probablemente no sabía sobre el entierro.

Dirt sostuvo su vara con ambas manos y la levantó sobre un hombro, listo para golpear en cualquier momento.

El anciano extendió las manos hacia Socks en señal de súplica. —Per piacè, ùn apre micca. Ùn sapete micca ciò chì fate —dijo, y el significado quedó bastante claro, por sus nerviosas miradas a Dirt y al suelo de piedra. Por favor, no lo abras. —Per piacè.

Las medias apenas podían mover la cabeza con ella atorada en la puerta, pero lanzó una rápida mirada de reojo al anciano.

Dirt preguntó, “¿Qué crees que hay allí dentro?” y señaló la piedra de la tapa con su bastón.

“Una maldición,” respondió el anciano con voz llena y desesperada. “Una vieja maldición.” Una maldición.

¿Una maldición como la de Biandina?, se preguntó Dirt. Lástima que probablemente las maldiciones no sean reales. Sin embargo, cosas muertas que se mueven, esas sí lo eran, y había que encargarse de ellas.

Dirt asintió y le dijo a Socks, “Está bien, ya tengo suficiente maná otra vez. Ábrelo, pero prepárate para destrozarlo que haya adentro.”

“Por supuesto. De hecho...” dijo Socks, y con eso, levantó a Dirt y lo llevó con seguridad junto a su hocico. “Tu trabajo es impedir que me metan la nariz en problemas.”

Antes de abrir finalmente la piedra, Socks envió otro mensaje a todos y esta vez, expresando su molestia por los humanos que estaban tras él intentando colarse y mirar por la puerta. Quédate atrás, me estás molestando, parecía decir. La babbu de Biandina intentó asomarse por encima de la cabeza del cachorro para ver quién era, pero no había espacio suficiente con todo ese pelaje.

“Si alguien pisa tu cola, tienes mi permiso para derribarlo con ella.”

Socks resopló con leve diversión. —Como si alguien fuera lo suficientemente alto para hacer eso. ¿Listo?—

“Listo,” dijo Dirt. Levantó el bastón nuevamente, dispuesto a golpear y aumentó la luz que flotaba sobre la piedra.

Socks levantó toda la tapa de una vez, elevando la piedra por encima de la altura humana. Debajo había una pequeña cámara, en realidad, solo una caja. Una leve corriente de humo púrpura salió y se disipó por completo, antes de que Dirt recordara lo que su padre había dicho sobre quemar esa sustancia. La desaparición del humo reveló un viejo cadáver, mayormente esquelético, con un brazo amarillo y huesudo extendido hacia arriba. Sostenía una daga destrozada, desgastada hasta el mango, y la agitaba para rascar justo donde antes estaba la tapa, imitando eternamente la esperanza moribunda de la víctima.

El resto del cadáver permanecía inmóvil, con la cara ósea claramente visible, oculta el resto bajo lo que quedaba de su ropa.

Ver al cadáver en movimiento provocó que la pareja mayor gimiera de horror y se encogiera. Sus mentes se llenaron de culpa y desesperación, y su capacidad de raciocinio se redujo bajo el peso de lo que estaban presenciando.

El cadáver empujó su brazo hacia arriba, como si reconociera lentamente la ausencia de resistencia, y quedó suspendido en el aire por un momento. Luego, con el sonido de articulaciones antiguas crujientes y carne desmoronándose, el hombre muerto salió de su tumba, casi como si fuera levantado en lugar de levantarse por su propio poder.

Su cabeza fue la última parte en encajar en su lugar, y su mirada vacía, esquelética, se fijó en la pareja mayor, ignorando por completo al niño ensangrentado y al enorme lobo. Su boca hizo un chasquido imitando el habla mientras señalaba con un dedo acusatorio, solo hueso, pero con restos de piel vieja colgando debajo.

La pareja mayor gimió y se aferró la una a la otra. El anciano le gritó algo, desesperado y tartamudeando, que sonó más como una súplica que como una orden.

El esqueleto en descomposición levantó la rodilla y salió de su tumba, todavía señalando con un brazo. Sus zapatos, sorprendentemente, estaban en buen estado, y sus suaves pasos no emitieron ningún sonido.

Una vez que ambos pies estaban fuera de la caja y comenzó a tambalearse hacia adelante, Socks lo aplastó. Lo aplastó desde arriba con una pared de fuerza mental y, en un instante, ya no quedó nada. Solo quedó un amplio y plano parche de carne seca, polvo de huesos y pieles desgarradas, que se mezclaba en los bordes con el lento dispersarse del charco de sangre.

El polvo parecía más aliviado que los demás. No se había dado cuenta de que estaba nervioso hasta que esa aprensión desapareció, pero lo había estado. Quizá algo de su miedo a Prisca

permanecía, pero gracias a los dioses, esto no tenía nada que ver con ella. Y con suerte, nunca volvería a tenerlo.

Se acercó para mirar en la cámara del tesoro y dijo: “Qué lástima. Está todo vacío.” El padre de Biandina se quedó a su lado, mirando brevemente con una expresión sombría. Pisoteó el polvo de cadáveres y lo manchó un poco, como si le costara creer lo que acababa de ver.

La pareja mayor se arrastró hacia Socks, indicando con su lenguaje corporal que querían que su cabeza saliera de la puerta. Había una sensación de urgencia en el aire, y Dirt pensó que los humanos ya habían soportado suficiente locura y peligro y querían ir a un lugar menos intimidante. Le dio una palmada en la nariz a Socks y le dijo: “Es mejor que cierres la tapa.”

La piedra cayó en suspensión hasta que Socks estuvo seguro de que estaba alineada perfectamente, y luego la dejó caer unos centímetros en su lugar. Después de eso, con un resoplido resignado, sacó la cabeza por la puerta y, casi de inmediato, entraron hombres armados, primero cinco, luego veinte. El Aedes era espacioso, pero no tanto, y con un charco de sangre y un montón de nieve ocupando gran parte del espacio del suelo, pronto se llenó de gente.

Los combatientes vieron el cadáver destrozado y la sangre por todo Dirt, que permanecía allí sosteniendo un bastón, y sacaron sus conclusiones rápidamente. Bajaron sus lanzas y le gritaron, con ira y miedo en sus ojos.

Pero solo por un momento. Con un grito de alarma, el anciano se lanzó hacia el grupo de soldados y comenzó a empujar sus lanzas a un lado. También gritó, y al escucharlo, se calmaron. Dirt pudo adivinar el significado con bastante claridad: No atacar al muchacho.

Otros humanos empezaron a avanzar, pasando junto a Socks, con los ojos muy abiertos y estirando los cuellos para entender qué sucedía. Primero un par de mujeres, luego un hombre sin arma que caminaba ergido, como si tuviera uno y esperaba que nadie se diera cuenta. Él se situó entre los combatientes.

Luego, de todas las cosas, una niña, menor que Dirt. Una niña pequeña. Dirt era terrible para adivinar la edad de los humanos y prácticamente de todo lo demás, salvo de los lobos, pero ella era lo suficientemente mayor para hablar sin dificultad y aún joven, como para que su madre probablemente estuviera cerca. No llevaba zapatos, a pesar del frío del suelo de piedra, pero vestía la misma larga túnica de lana que la mayoría de las mujeres.

La niña se deslizó detrás de los adultos y Dirt se dio cuenta de que era la única que la había visto. Bueno, mejor no revelar nada, si era tan astuta. No podía culparla por querer mirar.

Pero ella no estaba aquí para mirar. Una vez que vio a Biandina, corrió directo hacia ella, abrazándola con los brazos en torno a su cintura y apretándola fuerte. “Eudossia?”, dijo Biandina, sorprendida.

Babbu también vio a la pequeña demasiado tarde para detenerla, y ahora no quería separarlas, aunque extendió una mano para hacerlo antes de cambiar de parecer.

Biandina se arrodilló y habló en voz firme a la pequeña, levantando un dedo acusador. No duró mucho, no frente a los ojos suplicantes que ella le dirigía. Esto, de todos los asuntos, le resultó demasiado a Biandina, y miró desesperada a su padre mientras lágrimas comenzaban a deslizarse por su rostro. Su pecho temblaba con un sollozo, luego otro, ambos reprimidos con esfuerzo. Su mano quedó suspendida sobre la pequeña, y Dirt vio que quería abrazarla de nuevo, pero no se atrevió.

Entonces, él la empujó con su mente y la obligó a hacerlo. Al echar un vistazo en su mente, Biandina no se dio cuenta de que era él quien la había influenciado. Pensó que era un reflejo involuntario y dejó de resistirse.

Luego, otra niña, un poco mayor, y un niño de la misma estatura que Dirt, se deslizaron también en la habitación, mucho menos con éxito. Nadie los detuvo, y corrieron rápidamente hacia Biandina, abrazándola también.

Justo detrás de ellos, apareció un niño mayor con una mirada severa y cautelosa, con una lanza propia. Se colocó cerca de Biandina y clavó la culata de su lanza en el suelo cercano. La miró con atención, pero apartó la vista bruscamente cuando ella levantó la cabeza para encontrarse con su mirada. Sin embargo, por la postura, parecía más allí para protegerla que para mantenerla bajo control.

“Escucha, Calcetines, ¿tiene hermanos! Seguramente estaban tristes por ella,” dijo Dirt, sintiendo cómo despertaba su propia compasión. Socks había sido estoico ante la pérdida de tantos de sus propios hermanos, rara vez reflexionando sobre ello, pero a Dirt le entristecía cada vez que pensaba en ello. Eran tan queridos, y ahora, se habían ido.

Otra niña, más pequeña que la primera, con el cabello tan enmarañado que Dirt no podía determinar su sexo, y una hermana mayor, entraron corriendo y fueron directas hacia su hermana. Poco después, siguió un niño, también pequeño. Al verlos juntos, la similitud era tan evidente que incluso Dirt, con poca experiencia en distinguir a los humanos, lo percibió claramente.

Pero eso no fue todo. La última en aparecer fue una mujer con un niño muy pequeño en brazos, demasiado pequeño para caminar, pero lo suficientemente grande para sentarse, y empezó a llamar en voz enérgica a los niños, nombrándolos uno por uno. Ella se negó a mirar a Biandina a los ojos, y Dirt tardó en encontrar su mente. Cuando logró localizarla, halló un alma tan dura como el pedernal. Cualquier emoción que pudiera tener allí, estaban tan selladas que quizás nunca volverían a salir. Una mujer dura, y una vida dura.

La habitación estaba demasiado llena de estrépito para que sucediera algo productivo, aparte de que todos los adultos miraban deliberadamente en otra dirección, evitando a Biandina, que sollozaba, y a los niños pequeños, que lloraban sin siquiera intentar detenerse. Ella había sido para ellos como muerta y ahora volvía a estar viva.

La compasión ardía con intensidad en el corazón de Dirt, una empatía que encendía una ira justa. ¡Qué humanos tan estúpidos! Tener a una humana en perfectas condiciones y deshacerse de ella por un simple conejo, ¡y sin un dios que intervenga! ¿Acaso no sabían lo rara que eran las humanas en estos tiempos?

Fue la anciana quien hizo lo que nadie más quiso hacer: comenzó a separar a los niños y a empujarlos en dirección a la madre. La madre los jaló con autoridad hacia la puerta, pero, con tantos y solo un brazo, no pudo sacarlos a todos. El niño con la lanza, en particular, resistió con igual intensidad, incluso bajando la lanza en un gesto casi, pero no del todo, amenazante. Varios hombres le gritaron, pero él no se movió.

Eso era más de lo que Dirt podía soportar, y casi empezó a gritarles para que se detuvieran, pero no lo hizo. Ellos no podían entenderlo. Podría gritar todo el día y quizás solo entenderían cinco palabras de cada intento.

“¡Estoy realmente harto de no entender su idioma!” exclamó Dirt, casi a gritos, dirigido a Socks.

-Lo entiendo. Te sacaría y te daría una lamida, pero tienes esa sangre por todas partes y tampoco quiero probarla,- dijo Socks. Su voz era suave y llevaba una cierta empatía, no necesariamente por Biandina, sino por Dirt, cuya ira actual parecía una especie de sufrimiento.

“¡Son tan tontos! ¿Qué están haciendo? ¿No ven que los hermanos quieren a su hermana?”

Uno de los más pequeños optó por caer sobre su trasero en lugar de ser llevado hacia la puerta. Lloró y extendió su pequeña mano hacia ella, con dedos diminutos agarrándola. Dirt quería gritar.

Socks gruñó y un profundo gruñido rompió el ruido, haciendo que los hombres dejaran de hablar tan fuerte entre sí y que los niños miraran hacia atrás, con temor, a través de la puerta sombreada. Los ojos amarillos del cachorro brillaban con la luz reflejada, intensificando el efecto. Había un depredador allí y no estaban comportándose correctamente. Envió una imagen mental, mostrando su descontento por hacer que Dirt estuviera triste.

Sorprendentemente, la madre de Biandina se giró y salió a enfrentarse a él. Se detuvo a tres pasos de la cara de Socks y le dirigió un dedo señalándole. “Ùn capite nunda. Biandina deve andà. Nimu li piace, ma deve succede. Capisci? Ella deve lascia.”

Ni Dirt ni Socks entendieron sus palabras, pero su mente seguía siendo fácil de localizar. Ella era la única que miraba de frente a un enorme lobo. En su corazón, ya se había rendido, y esto era solo otra tarea miserable. Como enterrar a un ser querido o sacrificar una mascota para alimento. Eso sentían sus emociones: duras y amargas, resignadas.

“Está bien, ¿saben qué?” dijo Dirt. Rara vez alguien le prestaba atención, ya que estaban todos concentrados en el lobo, que probablemente estaba a punto de devorar a su mujer. “Esto es una tontería. Algo insano está pasando aquí, y nunca lo resolveré así. Voy a aprender a hablar su idioma. ¡Que nadie haga ninguna locura! Como volver a echar a Biandina afuera.”

Para cuando terminó, la mayoría al menos se volvió para ver de qué estaba hablando, aunque no entendían nada.

“Está bien, Socks, lánzame a la azotea, justo por ese agujero.”

-¿Vas a llamar al viento? Harás frío allá arriba.-

“Sí, voy a llamar al viento, y una vez que llegue, voy a pedir el idioma. Sube, por favor.”

Un coro de suspiros sorprendidos acompañó a Dirt mientras subía por el agujero en el techo. Aterrizó en la cima de la cúpula y se agarró a la cresta desmoronada, donde antes había una aguja.

Satisfecho de estar firme, levantó su bastón y habló con magia en el mundo, convocando una ráfaga de viento. Llamó a más, y más.

---

Revision #1

Created 20 May 2026 06:53:32 by Diana Prince

Updated 20 May 2026 06:53:36 by Diana Prince